



Elites: de existir, no existen, pero de haberlas, haylas

POR CONSTANTINO BÉRTOLO

En el plano de lo común, formarían parte de las elites no sólo aquellos grupos sociales con capacidad real para intervenir en el ámbito de lo político o de lo económico, sino también aquellos otros que, instalados en sus cercanías, al tiempo que les dan lustre y legitimidad, se manifiestan como genuinas elites, aunque sus orígenes provengan de ámbitos como la ciencia o las artes.

Pero hoy es la Gorgona, la Bestia Económica, la que nos tiene petrificados, estatuas de sal y salario, y es ella la que trata de evitar que miremos su verdadero y monstruoso rostro mostrando sombras sobre un espejo reluciente del que es difícil apartar la mirada. Para salir del Laberinto es necesario romper los espejos y, como Alicia, pasar al otro lado.

—MARTÍN LÓPEZ NAVIA,
Las elites y las sombras.

I. Elites y excelencia

Si la palabra “excrecencia” no tuviera tantas connotaciones tumorales, uno se atrevería a decir que tanto las elites (los mejores) como el lumpen (los peores) son una excrecencia social. Un bulto, un desprendimiento, un excedente, una secreción, pero también cima, cúspide, eminencia, corona, cresta, *plus ultra*, espuma. Parte de algún organismo que sin variar su naturaleza crece de manera anormal, excepcional o superflua. La doctrina usual sobre las elites no compartiría esta última pertinencia. Acaso aceptaría ver en las elites un abultamiento social, la punta de un *iceberg*, pero desde Pareto a Miliband todos se verían obligados a afirmar que ese proceso de emergencia a través del cual las elites se constituyen como tales viene provocado por un cambio en la naturaleza de los elementos llamados a edificarlas. Una transformación causada por la presencia en su naturaleza de un conjunto de valores ajenos al resto del conglomerado social y que los componentes de una elite comparten: la *excelencia*, la *areté*, la *virtud*.

En cada momento de su desarrollo como disciplina de la teoría política, de la sociología o de la psicología, la doctrina sobre las elites vuelca sus distintas propuestas acerca de cuál fuere la naturaleza concreta de aquel atributo sobre el que descansarían las razones o causas de tal excelencia: la herencia, el poder político, la riqueza, el talento artístico, la ambición emprendedora, el mérito, la educación, la

habilidad, la astucia, el estatus, la inteligencia, la genética, el esfuerzo personal, la capacidad de adaptación. Cualidades que en mayor o menor grado pueden estar en el común de los mortales, pero que en las elites, enuncia la teoría, se presentan como salto cualitativo hacia lo extraordinario.

Si uno escribe en el buscador de Google “teoría de las elites”, aparecen más de ocho millones de entradas y, aun restringiendo la búsqueda a las que hayan tenido lugar en las últimas veinticuatro horas, difícilmente la cantidad bajará de las veinte mil. Desde que los llamados maquiavélicos, Pareto, Mosca, Michels, establecieron los fundamentos de la teoría hasta hoy mismo, cuando el interés por el tema parece estar resurgiendo con fuerza, la cuestión de las elites, su composición, construcción, circulación y funciones, no ha cesado de despertar un interés múltiple y multidisciplinar.

No es nuestra intención proponer ni una lectura ni una contralectura del ayer u hoy de una teoría que ya desde su nacimiento se presentó con vocación de polémica, pues —y creo no faltar al consenso teórico si comienzo estas reflexiones señalándolo— como tal teoría surge en un escenario social marcado por el ascenso de los movimientos de emancipación socialista y como clara oposición a un marxismo que otorgaba a la lucha de clases la condición de motor de la historia. Si en *El manifiesto comunista* de 1848 leemos: “Todos los movimientos históricos han sido, hasta ahora, movimientos de minorías en beneficio de minorías. El movimiento proletario es el movimiento espontáneo de la inmensa mayoría en beneficio de la inmensa mayoría”, apenas medio siglo más tarde Pareto, el padre fundador del “elitismo”, opina por el contrario que “todas nuestras crisis políticas consisten en el reemplazo de unos intelectuales por otros intelectuales”.

Como se verá, y aunque no nos mueven ánimos polémicos, esta y otras reflexiones semejantes no nos serán ajenas aunque no ocupen el espacio central de esta intervención. Será desde una perspectiva lateral y más próxima a la semántica popular que a la académica desde la que trataremos de abordar algunos desprendimientos, derivaciones diría Gaetano Mosca, sobre una cuestión que la propia realidad social nos pone delante ya de forma velada ya de forma explícita. Trataré, desde una preocupación civil y personal, de compartir algunas reflexiones que el tema de las elites actuales ha venido despertándome.

Quisiera en todo caso dejar patente que, si hubiera que aclarar desde qué espacio teórico me voy a apoyar para reflexionar sobre ese ser y estar de las elites que da ocasión a este texto, habría de referirme a determinadas especulaciones que, de manera más subjetiva que rigurosa, me han sugerido conceptos como “la autorreferencialidad”, tan fértil en la obra de Niklas Luhman; “la distinción”, que Pierre Bourdieu analizó de manera brillante y exhaustiva; o “la diferencia” como propuesta singular en el pensamiento de Derrida. Del trato informal y libre, más esporádico que asiduo y no siempre amistoso, con estos conceptos provienen algunas de las herramientas utilizadas para mi acercamiento “lateral” al tema, explicitando estas referencias no para reclamar bagaje o legitimidad alguna, sino para facilitar ese encuentro con los otros que toda intervención pública supone. Desde ahí, y entrando ya en el asunto de cuál pueda ser hoy esa “excelencia” singular de las elites actuales, que proponga como hipótesis y punto de partida un entendimiento de las elites como constructo resultante de la “autoobservación inducida por la observación ajena”, es decir, como una consecuencia fenomenológica del cómo los actores se observan y son observados

recíprocamente en el sistema social. Sobre tal hipótesis y sobre los efectos que de tal consideración se desprenden versa esta intervención

II. Las elites se inventan a sí mismas

Señala Niklas Luhman cómo los fenómenos de autoobservación y autoheterorreferencia dependen de la particular organización social de las diferencias que en cada momento social-histórico tengan lugar. La cuestión básica para intentar entender la naturaleza de esa excelencia sobre la que se asientan tanto el concepto como la legitimidad de las elites residiría en consecuencia en averiguar por un lado cuáles son las diferencias entre excelencia y no excelencia que en cada época una sociedad propone y, por otro, cómo se crea el consenso sobre ellas, lo que obliga a que la primera pregunta que necesita ser enunciada, ¿qué son las elites?, lleve necesariamente incorporada una segunda, ¿cuáles son las diferencias entre las elites y las no elites? Llama la atención al respecto que en la propia enunciación de la segunda de esas preguntas se transparente el hecho, aparentemente incoherente, de que el concepto de no elite carece de identidad propia, de capacidad autorreferencial. Por decirlo en términos derridianos, “la no elite” es un no concepto por cuanto “la diferencia” entre elite y no elite no viene dada en clave de oposición sino de “transferencia”, “dilatación”, atendiendo al contenido semántico pleno que en la lengua francesa recibe el término “la différence” que Derrida contempla.

Volvemos así a encontrarnos de nuevo con la cuestión ya planteada acerca de si “la excelencia” supone un cambio en la naturaleza de los atributos que la constituyen en relación a los que poseen esas no elites conceptualmente inexistentes. Ni “los mejores”, significado primario de elites, ni “los peores” (lumpen) se constituyen contra lo inexistente, contra lo

indiferenciado, contra ni el sí ni el no sino todo lo contrario, y por tanto sólo nos cabe afirmar que del mismo modo que la cima de la montaña no se opone a ella, la no elite no se opone a la elite sino que la construye y sostiene. Parece entonces conveniente para poder seguir avanzando, distanciarse, al menos en un primer momento, del principio de causalidad para mejor situarse en los territorios más complejos que emanan del carácter dialéctico y a la vez materialista propios del principio de complementariedad. La cima de la montaña no puede ser montaña y no montaña a un mismo tiempo. Lo que no es no puede ser. Pero entra en la lógica admitir que la cima puede ser montaña y ser, a la vez, algo más. Algo más pero de igual naturaleza aunque su “posición” venga establecida por una mayor altura en la escala vertical. Porque sorprendentemente, y excluyendo ahora la contracara que representa el lumpen, “los mejores” no dejan de ser tan sólo un “aparte” de un todo, siendo ese apartamiento –que sólo se produce de manera unidireccional, pues, si nos atenemos a ese código, el todo no goza de señas de identidad propias–, lo que da forma a la diferencia, al traslado de una posición social a otra dentro de una jerarquía concreta, es decir, histórica. La naturaleza de esa diferencia sería por tanto, y en contraposición a lo que las teorías de las elites vienen defendiendo de manera mayoritaria, de carácter complementario, sin que quepa hablar de diferencias que justifiquen o encuentren legitimidad en causas, razones o posesiones exclusivas y excluyentes.

Las teorías sobre las elites, como las mismas elites, son hijas, o hijastras, de su tiempo. Y las discrepancias que he podido manifestar contra el núcleo duro de las teorías tradicionales no suponen su descalificación. Es bien sabido que las teorías que tienen como objeto los territorios de lo social están atravesadas de

la praxis social sobre la que flotan y emergen, y aquellas que, frente a la lucha de clases como motor de la historia, centraron su atención sobre el rol histórico de las elites, sobre su circulación, dinámica, extinción y renovación –“la historia es un cementerio de aristocracias”– ven la luz en sociedades concretas con problemas concretos sobre los que los teóricos edifican una abstracción que se quiere verdadera. Su nacimiento en las primeras décadas del siglo XX tiene lugar como respuesta a la creciente amenaza que la expansión del marxismo revolucionario y el igualitarismo anarquista supone para las formas políticas que sustentan y se sustentan sobre un modelo de desarrollo concreto, el capitalismo, que está atravesando su época de acelerada industrialización.

No es extraño por lo tanto que las teorías sobre las elites se hayan originado por entonces en las naciones del Occidente más desarrollado ni que el núcleo teórico subsiguiente, con las aportaciones de los norteamericanos F. Hunter y C. Wright Mills en los años cincuenta, o del también norteamericano G. W. Domhoff y de los británicos S. Aaronovitch y R. Miliband en la década de los setenta, vea la luz en geografías políticas semejantes, por más que al expandirse haya dado ocasión a excelentes y esclarecedores trabajos de corte histórico sobre la formación de las elites en ámbitos poscoloniales o del Tercer Mundo.

En todo caso, y más allá del ámbito geográfico, conviene no olvidar que los “maquiavélicos”, primeros padres de la teoría de las elites (Pareto, Mosca, Michels), trabajan en sociedades cerradas donde la estratificación social sigue presente y que asisten con recelo al creciente peso de unas organizaciones obreras que están poniendo en cuestión la legitimidad de todas las posiciones sociales y de todas las estructuras políticas, lo que explicaría su insistencia en señalar que, en contra de las teorías derivadas del marxismo, que ven en

el desarrollo de las fuerzas productivas las razones últimas del desenvolvimiento histórico, el verdadero fundamento de la evolución social, si bien está en la oposición entre quienes detentan el poder, las elites, y los que no tienen poder, las masas, sustenta su legitimidad en el mérito personal y en el conocimiento basado en el esfuerzo individual, lo que supone toda una lectura justificativa y legitimadora de las desigualdades sociales, sin dejar espacio alguno para las “desigualdades inmerecidas o estructurales”. Las elites no solo se erigirían así en la cumbre “natural” de la cordillera social, sino que, siguiendo esta lógica e invirtiendo la topografía, sería la cima la que, en última instancia, sostendría a la montaña o cuerpo social.

De este modo, y frente a lo que el marxismo venía proponiendo, inventadas las elites por las elites académicas, no sería la “clase” la que determina las líneas de exclusión, sino “el capital humano individual” que cada agente social gestionará con acierto –éxito– o negligencia –fracaso–, medidos éstos, éxito y fracaso, en relación a un poder político contemplado como la capacidad de intervenir e influir en la gestión de la *res publica*. Siguiendo este razonamiento –que recupera la parábola evangélica de los talentos–, las elites estarían conformadas por aquellos que por sus propios méritos están llamados al mando.

Ahora bien, el concepto de elites, al menos tal y como viene entendiéndose en un plano social que desborda el mero ámbito académico o teórico, tiene contenidos semánticos más amplios aunque menos rigurosos desde el punto de vista descriptivo. En el plano de lo común, que es el que ahora nos interesa, formarían parte de las elites no sólo aquellos grupos sociales con capacidad real para intervenir en el ámbito de lo político o de lo económico, sino también aquellos otros que, instalados en sus cercanías, al tiempo que dan lustre y

legitimidad, se manifiestan como genuinas elites aunque sus orígenes provengan de ámbitos como la ciencia o las artes. Se configuran de este modo las elites como instancia social entre los individuos y su aspiración a “lo universal”, entendiéndose por tal el cumplimiento “superior” del ideal de la condición humana. De ahí la resistencia, entiendo, a aceptar que las “prosaicas” capas burocráticas o empresariales, objeto de preferencia de buena parte de los teóricos, ocupen *per se* un lugar principal entre las elites, y de ahí también, cabe deducir, el interés de dichas capas del poder por ser asociadas a esos ámbitos que como la ciencia o las artes otorgan “distinción” y su correlato: “la ostentación”, es decir, la necesaria “magnificencia exterior y visible”, elemento complementario que justamente acabaría por ser lo que el habla común identifica con “elite”. Y, en ese camino, las propias elites descubren que para conseguir respeto y obediencia necesitan además ser miradas con admiración, categoría que me va a permitir avanzar en el desarrollo de la hipótesis de inicio sobre cuál sea la verdadera naturaleza de esa diferencia que separa –y une– a las elites de su entorno.

III. La *admiratio*

Retomo ahora esa hipótesis ya adelantada: el entendimiento de las elites como constructo resultante de la “autoobservación inducida por la observación ajena”, para insistir en la importancia y consecuencias que la aparición de la *admiratio* como elemento constituyente de “lo elite” incorpora, en mi opinión, al tema que estamos tratando.

A mi entender, el ser y el estar del concepto elites sobre el que hoy nos movemos responde a un proceso, abierto y dinámico, de diferenciación social, determinado por las especiales características que el juego de “miradas” que tiene lugar en la interrelación social. De ahí mi apelación a Luhman y a sus reflexiones sobre los fenómenos que

acompañan a la autoobservación en tanto vehículo básico para la construcción de identidades sociales. Las elites, desde esta perspectiva, se me ofrecen como un constructo social caracterizado por la conciencia de sus componentes de ser observados, de ser objeto privilegiado de la mirada social. Las elites como un autoobservarse observados. Como resultado, por tanto, de un fenómeno de “atención” – en el sentido con el que Ortega y Gasset hablaba del amor– que da lugar a esa “cristalización” social –y seguimos usando el concepto orteguiano de cristalización que Stendhal plantea–, donde los receptores de la mirada, las elites, van a construirse y reconocerse como tales.

Tal planteamiento no excluye a ninguna de las casuísticas que la doctrina académica ha venido conformando, pero las sitúa en un espacio, digamos, más civil. Es más, al analizar las causas o razones por las que una elite es mirada y por tanto constituida como tal, podremos seguir constatando que la riqueza, la alta capacitación o el poder político se mantienen como “atractores”, pero que es la aparición del vector “mirada” como elemento nuclear del fenómeno elites lo que nos permitirá abordar algunos de los rasgos más pertinentes que podemos encontrar en ese ser y estar de las elites actuales. Por ejemplo, y adelantando argumentos, no dudo de que la riqueza, el poder o el triunfo profesional sigan creando “distancia” entre quienes los poseen y los desposeídos, pero no deja de ser sorprendente que esos poseedores hoy procuren pasar lo más inadvertidos posible y eviten ser mirados. Dicho de otra forma, aquellas elites tradicionales que los primeros teóricos delimitaron parecen rechazar hoy el verse investidos como elites, y su intervención social, que no rechazan ni mucho menos, ya no viene dada por esa consideración, ser elite, aunque a través de la riqueza, el poder político o la jerarquía profesional sigan actuando sobre el devenir

de las sociedades. Lo novedoso es que hoy parte de su actuar consiste precisamente en desviar las miradas hacia un objetivo ajeno: las nuevas elites, con fines que luego intentaremos inventariar. Habrá por tanto que preguntarse de donde proviene ese rechazo que al menos por nuestra parte es hoy evidente.

No es que “la mirada” aparezca como elemento *ex novo* en lo que atañe al entendimiento de las elites. En cualquiera de las teorías que la literatura sobre el tema nos ha venido ofreciendo, la mirada, en mayor o menor grado, se presenta como factor que acompaña a las elites, pues uno de sus atributos constantes reside precisamente en su capacidad para despertar admiración. La *admiratio*: “Ver, contemplar o considerar con estima especial a una persona o cosa que llaman la atención por cualidades juzgadas como extraordinarias”, parece cualidad que de forma natural se desprende de las elites como un efecto-respuesta inevitable sobre quienes asisten como testigos de su exposición y existencia. Y podríamos incluso recordar que esas elites tradicionales, que en un pasado remoto se encarnaban en la figura individual del monarca o en la nobleza aristocrática correspondiente, ya practicaban con eficacia el arte de de esconderse u ofrecerse a la mirada ajena. Llegaría con la rememoración del papel ritual que al respecto desempeñaban las procesiones festivo-religiosas en las que los poderes políticos y religiosos eran objeto de celebración. No es pues “la mirada” ninguna novedad, pero sí lo es, entiendo, la importancia que ahora se le otorga a la hora de comprender –en un sentido que incluye el abarcar– las nuevas condiciones sobre las que hoy se levanta el concepto que Pareto puso sobre el tablero, porque aquel mirar que encontramos en las configuraciones del pasado corresponde a una mirada que se limita a ser un efecto inevitable de “lo eminente”, de lo que por

estar en un plano superior las provoca y reclama mientras que “la mirada” que ahora proponemos no se presenta como efecto sino como causa: son las miradas las que determinan en origen ese ser elite que la autoobservación al confirmarlas e interiorizar hace “cristalizar”. Es la mirada social lo que otorga “la diferencia” necesaria para que la elite se establezca como interior de frontera o aduana. Es la *admiratio* la que produce elite sin que, frente a lo que pudiera parecer, se limite a ser un mero desprendimiento “estético” –en cuanto manifestación de sensibilidad– que la elite disemina.

Hablamos por tanto de una mirada “activa”, actuante, constructora. Con todo, nos queda por resolver, claro está, cómo opera esa mirada social, cómo selecciona y focaliza su atención y cómo esa mirada va a retornar, transfigurada por el espejo que las elites ofrecen, sobre sí misma, para revelarse como creadora de identidad a través de la dialéctica autorreferencia/heterorreferencia propia de los sistemas de comunicación en los que las sociedades actuales se corporizan.

IV. La revolución y la crisis de lo político / El crack y la crisis de lo económico

Parece oportuno sin embargo seguir los consejos del autor de *Un paso adelante, dos atrás*, a cuya sombra también ha crecido esta exposición, y detenerse en aquellas consideraciones de carácter diacrónico que nos puedan facilitar entender los cambios cualitativos y cuantitativos que el constructo elite, siguiendo la singladura de los cambios económicos y sociales, ha venido sufriendo desde su bautizo teórico hasta alcanzar a sus perfiles actuales. Para ello abordaremos, con trazos breves, dos momentos históricos que nos parecen significativos de cara a develar esos cambios o alteraciones. Cambios que a mi entender afectan principalmente a dos de los

elementos sobre los que usualmente se apoyan las teorías que atienden al contenido y funciones de las elites: el vector de lo político y el vector de lo económico.

Para dar cuenta de la erosión que las elites políticas van a sufrir a lo largo del siglo XX, creo que es necesario atender a los cambios que suponen para las naciones del Occidente desarrollado la generalización del sufragio universal y a sus efectos sobre el sistema de legitimación de unas castas dirigentes que, agrupadas alrededor de los partidos políticos, ven cómo las estructuras partidistas subsumen el mérito personal en un engranaje electoral en el que lo personal está obligado a centrar primordialmente su actuación en un espacio cerrado: el propio partido político. “Lo mejor”, por decirlo de modo directo, pasa a ser una categoría cuantitativa: el número de votos y, en consecuencia, la clase política va a procurar no acentuar “diferencias” que puedan alejarle de la empatía popular. La “excelencia” pasaba así a ganarse en las urnas. De aquella actitud no democrática que reclamaba el poder precisamente a base de una superior capacidad personal para dirigir los asuntos públicos, se llegaba a la humildad, al menos aparente, del “soy uno más y por eso entiendo vuestros problemas”.

Esta vía de explicación para tratar de entender por qué las clases políticas vieron erosionada y hasta cuestionada su tradicional legitimidad para hablar (y obrar) en nombre de los otros, se va a ver reforzada por la crisis que desde el otro lado, el tradicional enemigo de clase, va representar “la desaparición” –y su posterior anatema– del partido que en 1917 toma el poder en el antiguo imperio zarista. Vladimir Uliánov Lenin, principal dirigente del ala bolchevique del Partido Socialdemócrata Ruso, en su opúsculo *¿Qué hacer?* había propuesto una visión del partido revolucionario como un partido de vanguardia formado por profesionales

disciplinados al servicio de la revolución que con su acción y la difusión de sus ideas debería despertar y organizar la conciencia del proletariado.

Si tal texto, que el propio Lenin matizaría pocos años más tarde,¹ se analiza sin atender al contexto, intención y sentido con que fue redactado, es decir, sin atender a las relaciones entre teoría y praxis siempre presentes en el pensamiento de su redactor, es fácil caer en la tentación de hacer una lectura en clave semejante a la expuestas por las teorías de las elites. Y, en efecto, con gusto y oportunismo los oponentes a cualquier visión social que siga interpretando la historia como lucha de clases cayeron en la tentación de leer en ese registro ya no sólo el texto leninista sino toda o gran parte de la historia de la Unión Soviética, para acabar afirmando que desde el semifeudal dominio zarista se habría pasado tan sólo al dominio de una elite despótica. Lo paradójico es que esa misma lectura llevaba incorporada el cuestionamiento de los partidos políticos como instrumentos legítimos para la resolución de los conflictos presentes en la sociedad, y aunque ciertamente la condena se centró en los partidos comunistas que nacen al amparo de la III Internacional, no es menos cierto que el anatema contagió de desconfianza y sospecha a cualquier organización política que se reclame como “conciencia exterior”. De esta forma y con esta atmósfera de desconfianza hacia las organizaciones centralizadas, los partidos políticos han tenido que ajustar sus funciones, y si antaño se presentaban como voz de los que no tenían voz, hoy, como mucho, sólo osan presentarse como el oído de un igual que escucha, toma nota e intenta resolver. Es decir, las elites políticas, al renunciar a hablar en voz alta, renunciaban a uno de sus atributos tradicionales: ser voz de la sociedad. Las elites se han vuelto mudas y las elites mudas ya no son elites, lo que no se

1. El partido que Lenin plantea es un insólito investigador-actor social de nuevo tipo: el partido de todo aquel obrero, campesino, estudiante, intelectual, etc., que sabe desaparecer como profesional escindido por la división capitalista del trabajo económico, político o ideológico, para convertirse en cuerpo y alma al trabajo no escindido de la revolución.

contradice con el hecho que la voz cantante no siga estando en manos de aquellas minorías que aparte de otras posesiones, siguen dominando el sistema de altavoces. Sucede simplemente que el capital –el dueño de esos medios de producción cuyo desarrollo siguen determinando tanto nuestras vidas cotidianas como los caminos de la historia- ya no necesita investirse ni revestirse con el ropaje de las elites sin que ello implique, insisto, que no las sigan utilizando. Las elites que sobreviven –de haberlas, haylas– charlotean con la voz impostada que les impone ese poder limitándose a ser reluciente *imago*, mero espectáculo.

Mientras esto sucedía en el campo de lo político, la riqueza, dinero y capital, más allá de la carnicería de la Primera Guerra Mundial y de la Revolución soviética, continuaría sin embargo siendo catapulta hacia el dorado círculo de las elites. Son los años veinte, la *belle époque* y la lujuria financiera, y las nuevas fortunas no regatean la ostentación de sus signos exteriores de riqueza. En 1920 los Rockefeller plantan en medio de Manhathan la pirámide del centro que lleva su nombre. Las grandes mansiones levantan su esplendor en las costas de Massachusetts y California. Nacen los *trusts*, los grandes bancos, las grandes corporaciones. Las elites financieras brillan y su resplandor ciega: *El gran Gatsby*. Mas de pronto y en medio de la fiesta todo se viene abajo: el *crack*, las bolsas que se hundien y cientos y miles de fortunas, con sus pompas y sus obras, se desvanecen. Se apagan las luces y las candilejas. Una crisis mundial que muestra la fragilidad de los cimientos y frena ¿para siempre? la ostentación.

Luego la Segunda Guerra Mundial y la nueva ética de las sociedades del bienestar: ahorro, recato y prudencia. La riqueza descubre que es peligroso asomarse al exterior y se hace discreta. Mejor no provocar. Los hombres más ricos del planeta

o bien se ocultan de las miradas ajenas o bien se muestran como paladines de causas humanitarias. La riqueza se quiere opaca y se cobija en sus propios guetos con muros, cámaras de vigilancia y seguridad privadas. En España es difícil en extremo retratar a Amancio Ortega, el emperador de Zara e Inditex y uno de los más ricos del mundo, y nadie sabe dónde veranea Emilio Botín, el dueño del *holding* financiero Santander, aunque la publicidad de sus bancos reluzca sobre el Ferrari de Fernando Alonso o patrocine la Copa Libertadores. Como la elite política, la elite económica abandona la escena social y parece preferir la clandestinidad y los dividendos a los *flashes* y las revistas satinadas. Cabe entonces preguntarse: ¿pero hay elites en el siglo XXI? Pues sí, o, como dicen los gallegos hablando de las brujas: de existir, no existen, pero de haberlas, haylas.

V. La excelencia se convierte en glamour

Hemos venido sosteniendo que las elites se constituyen como una institución social “no formalmente instituida”, de composición lábil y dinámica, que funciona como instancia de intermediación entre la realidad concreta y la aspiración a un ideal cuyas características nos son reveladas precisamente por cual sea la naturaleza de esa “excelencia” sobre la que se construye. Las elites funcionan como un espejo que es diseñado por las miradas que sobre él se proyectan y que a su vez irradia, de vuelta, sobre los sujetos sociales que las han construido, valores, costumbres, comportamientos, jerarquías, anatemas y gustos con los que elaborar la orientación y sentido de sus vidas. Las elites se dotan de identidad al autoobservarse como observadas y esa autoconciencia las transfigura en generadoras de conciencia social siguiendo un proceso en el que la heterorreferencia se traduce en autorreferencia para finalmente convertirse

en contenido ideológico de la comunicación social. Un espejo que no refleja la realidad sino que de modo selectivo criba deseos, imaginación, fantasía, sueños diurnos y aspiraciones.

Las sociedades actuales funcionan como un sistema de comunicación en el que los emisarios –“las miradas”– actúan a la vez como emisarios y como destinatarios, mientras que las elites se nos ofrecen como un verdadero medio de comunicación: miro y lo mirado me permite reconocermé. Espejo y narración colectiva donde reinan como protagonistas unos personajes que vehiculan de manera vicaria la ausencia de ese protagonismo –capacidad de intervenir– que la sociedad real veda a la inmensa mayoría de sus componentes. Su composición dinámica permite además multiplicar la sensación de movilidad social, su velocidad, reforzando así “las irritaciones” que el propio sistema de clases provoca. La irritación encuentra en la existencia de las elites una vía de escape (en ese sentido actúa de modo semejante a la lotería: una promesa siempre diferida pero que tiene la eficacia de lo real). De ahí que el sistema necesite de las elites como mecanismo de regulación y que, en cada momento, ajuste su conformación a las necesidades o circunstancias concretas.

En nuestra opinión, las antiguas elites que las teorías de Pareto y compañía habían propuesto han ido desprendiéndose de aquellos elementos que, como el poder económico o el poder político, constituían sus cimientos. Su mensaje: la naturalización de las desigualdades económicas y políticas no sólo se ha vuelto innecesaria en sociedades en donde todos los votos son iguales, donde los accionistas no tienen rostro y donde la extracción de plusvalías ha adoptado con éxito el papel de mera e inexorable gestión de recursos. Entendemos por qué ambos poderes se han retirado de la escena. Los poderes económicos ya no requieren ser excelencia sino excedente, y la

clase política, aunque ciertamente todavía necesita ser vista, huye de “la diferencia” y, como podemos observar en cualquier campaña electoral, cuando se sube a la tarima procura que en esa tarima, ahora ampliada, estén también presentes, rodeándola y formando parte del espectáculo gentes comunes. El espectador forma parte del espectáculo.

Indudablemente la desaparición de los componentes reales de ambos poderes, el capital y su consejo de administración, supone tanto la banalización de las elites como una profunda alteración de su estructura interna, así como provoca inevitables cambios en su proceso de “cristalización”. Si, como ya se indicó, “los mejores”, para su visualización, necesitaron integrar “excelencias” provenientes de ámbitos sociales como la ciencia o las artes, que aportaban distinción y “aura”, hoy el vacío que dejan no ha hecho sino incrementar la presencia de estas últimas. Si además, y según se desprende de nuestra hipótesis de partida en materia constitutiva de las elites –el autoobservarse observados–, la visibilidad es vector básico para su construcción, es fácil columbrar que aquellos sectores de la sociedad que en gran parte se alimentan de su propia visibilidad monopolicen, junto con “las nuevas caras” –deportistas de “elite”, cantantes, actores, presentadores de televisión,² periodistas, chefs, directores cinematográficos, etc.–, los círculos elitistas más actuales.

Claro que muchos son los llamados y pocos los elegidos, a pesar de que el sistema, como predijo Andy Warhol, nos obsequie a todos con nuestros cinco minutos de gloria. Y si bien es “la mirada” del común la que selecciona a sus elites, es necesario recordar que esa mirada carece hoy más que nunca de espontaneidad alguna. Son los medios de comunicación, en manos de ese capital que ha elegido habitar en prudente semiclandestinidad – Berlusconi es toda una excepción: la

excepción que confirma la regla pero que también pone en duda su validez–, los que determinan el foco de las miradas. Es cierto que finalmente serán el *share*, la audiencia, el volumen de los ingresos por taquilla o la lista de libros más vendidos los que ratifiquen la elección de unos consumidores a los que les queda el consuelo de estar ejerciendo esa falsa soberanía que el mercado les regala, pero no es menos cierto que las premisas con las que operan las miradas ya vienen dadas por una ideología dominante donde el sentido de la responsabilidad se ha diluido en la simple y engañosa libertad de comprar, el tiempo se vive como simultáneo y fugaz, instantáneo e intemporal, y la historia parece haberse anclado en una especie de “esperando a Godot” colectivo.

Pero no nos engañemos: aun siendo banales, las elites son elites y siguen cumpliendo con el mandato que las convocó: desterrar del imaginario colectivo la “fea” idea de que todavía tiene lugar esa cosa “tan superada” que se llama lucha de clases. La elite es esa *illusio*, una ilusión óptica, un espejismo, que día a día, fotografía a fotografía, pantalla tras pantalla, el poder real y opaco nos pone delante para, mientras concentramos la mirada sobre la igualdad de oportunidades, esconda su cita con el ministro de Economía y Hacienda y matricule a sus hijos en las Escuelas de Negocios de Harvard. La eficacia de ese espejismo reside en que los medios nos muestran “su realidad”: tienen nombre y sobre todo cara y glamour, esa luz que hemos encendido y que ahora amplificada nos deslumbra. Es lo que hay: el glamour de unas elites que regulan y se acoplan al conjunto social a través de su nueva condición: ser publicidad. Las elites como *merchandising*. Glamour mediático que persiste y no se apaga porque en medio de la oscuridad –la crisis ha venido y nadie

sabe cómo ha sido– es la llama donde las mariposas se queman las alas. Mejor sería saberse gusanos en medio de un estercolero.